I

Teoría y práctica del móvimiento revolucionario

Aulo Casamayor

Los presupuestos de la táctica leninista de la « lucha por la democracia »

I. Introducción

«La publicación del libro de Lenin *Dos tácticas de la socialdemocracia* constituyó un hecho notable en la vida del Partido. En este libro, escrito en junio y julio de 1905, se fundamentan teóricamente, en todos sus aspectos, los acuerdos del III Congreso del Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POSDR), así como el plan estratégico y la línea táctica del Partido en la revolución. Por vez primera en la historia del marxismo, Lenin elaboró el problema de las peculiaridades de la revolución democrático-burguesa en la época del imperialismo, así como el de sus fuerzas motrices y sus perspectivas»[1].

Pero esta elaboración de Lenin no es sólo un documento histórico. Su interés se ha visto renovado constantemente porque las posiciones por él sintetizadas en su trabajo constituyen un modelo sobre el que se inspiran las políticas que orientan la actuación, no sólo de muchos partidos comunistas, sino también de otras organizaciones de la izquierda.

La toma del poder político por los bolcheviques, que les hizo ganar autoridad entre los revolucionarios, y el liderazgo ejercido durante tanto tiempo por la URSS sobre el movimiento comunista internacional, contribuyeron a la generalización en el espacio y en el tiempo de esta «línea» de actuación política. Por otra parte, la proliferación de gobiernos dictatoriales en países con un capitalismo poco desarrollado, unida a la aparición de regímenes fascistas en países industrializados, empujaron a la izquierda a hacer suyos los objetivos democráticos que tiempo atrás había defendido la burguesía: la consecución de ciertas libertades políticas que habían inspirado la lucha de la burguesía contra el Antiguo Régimen, pasó a ocupar ahora un lugar importante en los programas de la izquierda.

En las páginas que siguen no se pretende discutir los éxitos o fracasos que para el movimiento revolucionario supuso la aplicación de los principios contenidos en las *Dos tácticas de la socialdemocracia* a la Rusia de principios de siglo. Este tema se tocará sólo cuando sirva de ayuda para discutir los presupuestos teóricos e ideológicos que subyacen en estos planteamientos y los problemas que conlleva su posterior aplicación a contextos diferentes. El objeto de este trabajo es poner en discusión toda una serie de presupuestos en los que se basa la posición de Lenin y sus derivaciones posteriores.

1. Prefacio del Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité central del PCUS a la edición de las *Obras escogidas* (OE) de Lenin, Moscú, 1960, I, p. 12.

I. El recurso a los padres en la justificación de la « etapa democrática »

La idea central del planteamiento leninista enunciado en las *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* consiste en afirmar la necesidad y la conveniencia, de que una «etapa» de lucha «democrática» —en la que el proletariado se une a la burguesía en la defensa de la democracia burguesa— precediera a la «etapa» de lucha abiertamente anticapitalista que desembocaría, con la derrota de la burguesía, en la revolución socialista.

Al buscar los orígenes de estos planteamientos leninistas que han dominado durante largo tiempo en el movimiento comunista internacional, se puede acudir a la obra de Marx. Ello obedece al hecho de que —como se analiza más adelante— efectivamente dichos planteamientos reposan sobre ciertas nociones sobre el progreso y la evolución de los sistemas sociales en la Historia, contenidas en la obra de Marx. Pero también el carácter doctrinario que tomó el marxismo oficial[2] ha obligado a fundar toda elaboración ortodoxa posterior en «lo que Marx había dicho».

En el caso de las *Dos tácticas de la socialdemocracia,* Lenin intenta dar una mayor autoridad a sus argumentos apuntalándolos con citas de Marx que se refieren a sus posiciones políticas en relación con contextos muy diferentes.

Para mostrar que Marx fue el primero en formular la teoría de las «etapas» por las que transcurren los procesos revolucionarios y en recomendar a los comunistas una táctica política de unión con la burguesía en una primera «etapa» de lucha por objetivos democráticos, se suele acudir a sus escritos políticos que precedieron a la revolución alemana de 1848.

En una primera «etapa» —señala Marx en el *Manifiesto*— «los proletarios no combaten contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses[3].»

Esta afirmación no esconde, a nuestro juicio, ninguna recomendación política. Unicamente se encarga de constatar el hecho de que en las primeras revoluciones burguesas el proletariado incipiente era incapaz de desarrollar una acción política propia, mientras que la burguesía estaba llamada a constituir la clase ideológica y políticamente hegemónica. Esta constatación del pasado aún guardaba gran actualidad en la época del *Manifiesto comunista.* La escasa importancia numérica y la falta de conciencia política del proletariado —clase en la que Marx cifra sus esperanzas revolucionarias— empujaban a Marx y Engels a creer que en esos momentos aquél no podía jugar más que un papel subordinado y veían con buenos ojos una táctica transitoria de alianzas con la burguesía.

Aparece así el círculo en el que se han debatido numerosas veces las orga-

2. La consideración del «marxismo-leninismo» como «una gran doctrina, completa y armónica» encabeza el prefacio a la primera edición del *Manual de marxismo-leninismo* del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS, Progreso, Moscú, 1964.

3. Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas en dos tomos,* I, Progreso, Moscú, 1966, p. 27.

nizaciones de la izquierda: su poca fuerza las empuja a la renuncia, a corto plazo, de la aplicación de una táctica política autónoma, estableciendo pactos con sectores de la derecha que les obligan a subordinar su acción política inmediata a objetivos que les vienen marcados desde fuera. Esto, a su vez, hipoteca sus posibilidades de desarrollo futuro con vistas a imponer una transformación revolucionaria de la sociedad que tendría lógicamente que basarse en unos objetivos autónomos, pues ello les exigiría previamente una afirmación de su propia autonomía mediante la práctica diaria de una política independiente.

Las referencias de Marx y Engels a cuestiones de táctica política se hacen más prolijas al tratar la situación que precedió a la revolución alemana de 1848. En los artículos por ellos publicados en 1847 se llega a la conclusión de que la burguesía alemana se ha fortalecido considerablemente y es, sin discusión, la fuerza hegemónica en la lucha contra el absolutismo, mientras que «el pueblo, el partido democrático, no puede desempeñar más que un papel subordinado»[4]. Esto explica parcialmente su posición táctica que sintetizan al final de 1847 en el *Manifiesto del partido comunista:* «En Alemania el Partido Comunista lucha de acuerdo con la burguesía en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria».[5]

Pero no es sólo la debilidad política de los comunistas lo que inducía a Marx y Engels a aconsejar el pacto interclasista en aquellos momentos. Esgrimían argumentos económicos y políticos que les hacían pensar que el triunfo de la revolución democrática burguesa en Alemania sería altamente positivo para los objetivos últimos del proletariado. El argumento económico de base —sobre el que volveremos más adelante— consistía en considerar como progresivo el desarrollo del capitalismo, aduciendo que, a la larga, el sistema llevaba dentro de sí su propia negación y que el desarrollo de las fuerzas productivas acabaría por chocar con su envoltura capitalista, provocando la crisis revolucionaria del sistema. Este planteamiento —que ha llevado hacia el reformismo a algunas corrientes del marxismo— explica que se considerara progresiva la revolución burguesa por el simple hecho de eliminar las trabas que el Antiguo Régimen ejercía sobre el desarrollo del capitalismo.[6]

Pero a esta idealización del carácter progresivo del desarrollo de las fuerzas productivas se añade un argumento político basado en la mistificación de la democracia burguesa que lleva a Marx y Engels a considerar que «la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria»[7]. Esta idea de que el triunfo de la revolución burguesa podía conducir con rapidez al comunismo, se basa en la creencia de que cuando en un país el proletariado adquiere cierta importancia, la república y el sufragio universal son incompatibles con el mantenimiento del capitalismo. Como ocurre en algunos otros casos, también aquí Engels es más simplista y tajante en

4. Cfr. F. Claudín: *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI, Madrid, 1975. p. 35.
5. OE, I, p. 50.
6. Entre otras cosas, al considerar progresivo *per se* cualquier desarrollo de las fuerzas productivas, el «marxismo» quedó atrapado dentro de la ideología burguesa.
7. OE, I. *El Manifiesto,* p. 50.

sus afirmaciones que Marx. «La consecuencia necesaria —afirma Engels en 1847— de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado y la dominación política del proletariado es la condición primera de todas las realizaciones comunistas».[8]

La revolución —dice también Engels—[9] «establecerá, ante todo, un régimen democrático y, por lo tanto, directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. Directamente en Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo. Indirectamente en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo no consta únicamente de proletarios, sino, además, de pequeños campesinos y de pequeños burgueses de la ciudad, que se encuentran sólo en la fase de la transformación en proletariado y que, en lo tocante a la satisfacción de sus intereses políticos, dependen cada vez más del proletariado, por cuya razón han de adherirse pronto a las reivindicaciones de éste».

Esta interpretación se encuentra mediatizada por la concepción de los ideólogos de la burguesía según la cual el sufragio universal permitiría a los ciudadanos expresar realmente mediante el voto una «voluntad general» (Locke, Rousseau) acorde con sus intereses mayoritarios. Sin embargo, la larga experiencia existente sobre el funcionamiento de las democracias burguesas evidencia su carácter formal y muestra que el sufragio universal y el juego de los partidos políticos en los parlamentos ha contribuido a perpetuar el sistema en los países capitalistas más desarrollados, ocupando estérilmente buena parte de las energías de la izquierda.

Hoy se observa que los argumentos económicos y políticos en que Marx y Engels basaban la oportunidad de la colaboración táctica de los comunistas con la burguesía, adolecían de un marcado mecanicismo, que hizo que fueran refutados por los hechos. Pero esto hubiera ocurrido a más largo plazo. De forma más inmediata hubo otro hecho que no se *ajustó a las previsiones* de Marx y Engels: ni siquiera la revolución burguesa llega hasta el final en la Alemania de 1848. Fue escaso el ardor revolucionario de la burguesía, que quedó muy por debajo del papel que Marx y Engels le habían asignado en 1847 como clase hegemónica en la lucha contra el absolutismo.

Marx describe con prosa exhuberante el papel conciliador de la burguesía alemana en la revolución de 1848 en un artículo que publicó el 15 de diciembre de ese año en la *Nueva Gaceta del Rin:* «La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representa a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento tan opuesto a la corona como al pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado, pues siempre los había visto delante o detrás de sí misma; inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad; no representaba los intereses de una nueva

8. *Deutsche Zeitung,* 12-9-47, citado por Fernando Claudín: *Op. cit.,* p. 38.

9. Engels: *Principios del comunismo,* Progreso, Moscú, 1972, p. 80.

sociedad, sino unos intereses renovados dentro de una sociedad caduca; colocada en el timón de la revolución, no porque la siguiese el pueblo, sino porque el pueblo la empujaba ante sí; era un estrato del viejo Estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojado a la superficie del nuevo Estado por la fuerza de un terremoto; sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoista frente a ambos y consciente de su egoismo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido y plagiando en todo, vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la burguesía prusiana cuando, después de marzo, se encontró al timón del Estado prusiano»[10].

Esta «traición» de la burguesía a los ideales democráticos se hace cada vez más frecuente a medida que aquélla consigue participar en el poder político, pasando a adoptar posiciones autoritarias e incluso fascistas cuando trata de defender el poder adquirido. Pues si la burguesía se mostró más radical en sus proclamas democráticas en las revoluciones que tuvieron lugar en 1648 y 1789 en Inglaterra y en Francia fue porque necesitaba ganarse el apoyo popular para conquistar el poder político. Lo cual es difícilmente repetible cuando el predominio mundial del capitalismo y su extensión y afianzamiento hacen que la ideología y las relaciones de producción capitalista se extiendan y afiancen en los países en los que estén menos desarrolladas, sin necesidad de apoyos populares ni revoluciones democráticas. Es más, el hecho de que los regímenes políticos dictatoriales puedan resultar más eficaces a estos efectos, empuja a la burguesía de esos países hacia posiciones claramente autoritarias.

Para concluir este apartado cabe apuntar que el decaimiento en el empuje revolucionario y democrático de la burguesía a medida que aumenta su participación en el poder político pone en entredicho la posibilidad del pacto democrático que Marx y Engels propugnaban en la Alemania de 1848. Pues en el *Manifiesto* se indica que este pacto con la burguesía se sostenía «en tanto que ésta actúa revolucionariamente».

III. La justificación de la « etapa » democrática en Lenin

Así como Marx y Engels dedicaron la mayor parte de su obra a problemas teóricos generales y prestaron escasa atención a problemas de táctica política, Lenin hace lo contrario, contribuyendo, entre otras cosas, a hacer una elaboración más detallada sobre la teoría de las «etapas» en la marcha de las revo-

10. C. Marx: OE, I, p. 54.

luciones y sobre la táctica política a seguir en cada momento.

En su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia* se expone y justifica la táctica a seguir por los comunistas en la «etapa» democrática de la revolución rusa. Cabe destacar que correspondió a Lenin el haber hecho usuales en el campo de la política los términos —ya utilizados por Engels en ese terreno— de «táctica» y «estrategia» procedentes de los tratados militares. Lo cual está en correspondencia con su concepción del partido como organización muy centralizada y disciplinada, que guarda un estrecho paralelismo con los ejércitos, como el mismo Lenin ha explicitado:

«Todos los miembros del comité de fábrica deben considerarse agentes del Comité [central], hallándose obligados a obedecer todas sus directrices, a observar todas las «leyes y costumbres» de ese «ejército en combate» en el que se han alistado y al que no pueden abandonar sin autorización del capitán»[1].

Este tipo de organización autoritaria y disciplinada está en correspondencia con la pretensión de hacer viable el establecimiento de una táctica política que está en contradicción con los objetivos últimos de los revolucionarios, o el practicar virajes tan bruscos en la táctica política como los que Lenin propondrá en el curso de la revolución rusa.

Esta contradicción entre los medios y los fines aparece inequívocamente planteada al proponerse el pacto con la burguesía en la «etapa» democrática a pesar de que tanto los objetivos últimos de los comunistas como los intereses más directos e inmediatos del proletariado eran anticapitalistas. Veamos cuáles son los argumentos con los que se justifica esta operación táctica.

En primer lugar, Lenin apela a «las tesis elementales del marxismo, relativas a la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo sobre el terreno de la producción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad fundada en la producción de mercancías y que tiene establecido el cambio con las naciones capitalistas civilizadas [?] al llegar a un cierto grado de desarrollo se coloca inevitablemente ella misma en la senda del capitalismo»[2]. Esta idea de la «inevitabilidad» del desarrollo del capitalismo en Rusia hacía que según Lenin «los marxistas (estuvieran) absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa»[3], revolución que se supone «garantizaría el desarrollo más amplio, más libre y más rápido del capitalismo»[4]. Lo cual, unido a la creencia de que «la clase obrera está *absolutamente interesada* en el desarrollo más vasto, más libre y más rápido del capitalismo»[5] lleva obligadamente a la conclusión de que «es una idea reaccionaria buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea el mayor desarrollo del capitalismo».[6]

Conviene discutir las dos premisas que conducen a tan sorprendente conclusión. Marx mantuvo la tesis de que el advenimiento de la nueva sociedad co-

1. Citado por E.H. Carr: *La revolución bolchevique*, 1, p. 49.
2. Lenin: OE, p. 526-527.
3. *Ibid.*, p. 526. Lenin puntualiza que «la revolución burguesa es una revolución que no va más allá del marco del régimen económicosocial burgués, esto es, capitalista» (*Ibid.*, p. 527).
4. *Ibid.*, p. 528.
5. *Ibid.*, p. 528.
6. *Ibid.*, p. 528.

munista sólo podría tener lugar cuando el capitalismo hubiera alcanzado ya una cierta madurez. Esto no sólo se basaba en su idea de que las contradicciones inherentes al sistema se agudizarían con su desarrollo, acabando por producir la ruptura revolucionaria del mismo. Marx pensaba también que la nueva sociedad comunista sólo podría construirse cuando las contradicciones originadas en un capitalismo avanzado crearan la conciencia clara de lo que debía ser la nueva sociedad y cuando el desarrollo de las fuerzas productivas generado por el capitalismo facilitara este paso. Lo cual, con ciertas matizaciones[7], podría ser valido como interpretación general.

Pero lo que no resulta justificado es la pretensión de Lenin de que el camino hacia el socialismo tenga que pasar inevitablemente por una «etapa» de democracia burguesa en la que el capitalismo alcance en cada caso un grado de desarrollo muy considerable. Por una parte, hoy se conoce la imposibilidad material de que todos los países del globo sigan por la senda trazada por los países industrializados y alcancen unos niveles de desarrollo (de consumo de materias primas, de energía, de poluciones) próximos a los de los países industrializados de hoy.

Por otra, está el hecho de que las metrópolis capitalistas han conseguido paliar sus propias contradicciones a base de proyectarlas sobre los países del tercer mundo. Lo que ha creado en ellos situaciones más explosivas, al juntarse problemas tan primarios como el de la agravación de la subsistencia alimenticia con otros generados por la creciente esquilmación de materias primas y de las riquezas naturales para abastecer las cada vez mayores exigencias de los países industrializados.

Por ello, mientras se puedan seguir ampliando las fuentes externas de generación de plusvalía (con el consiguiente abaratamiento relativo de materias primas y de mano de obra de los países dependientes) se conseguirá retrasar el recrudecimiento de las contradicciones en los países industrializados. Sólo el reciente encarecimiento relativo del petróleo y de las otras materias primas ha mostrado un giro contrario en esta situación. Pero hasta ahora la dimensión planetaria del capitalismo ha hecho que su desarrollo se tradujera más en la agravación de las contradicciones de los países de capitalismo dependiente, que en la creación de una situación revolucionaria en los países más industrializados.

¿En qué se traducen los beneficios que Lenin atribuye al desarrollo capitalista para el proletariado? Tal vez en que este desarrollo ha puesto al alcance de la clase obrera de los países industrializados las baratijas de la mal llamada sociedad de consumo, pero no en que se haya aproximado la revolución en estos países en los que el sistema gozó de mayor estabilidad que el capitalismo incipiente de los países del tercer mundo. No existe el automatismo en que el desarrollo del capitalismo lleve consigo la agudización de las contradicciones *en el país en el que se ha producido* y que conduzca a la revolución y al paso a la nueva sociedad en ese país. La dimensión planetaria del capitalismo implica una

7. Véase «La mitificación del trabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas» *CRI*, 41-43.

mayor expoliación de los países dependientes y la agudización de las contradicciones en estos países.

Sin embargo, la justificación leninista de la «etapa» democrática adolece de un claro mecanicismo que no encaja con la evolución posterior de los hechos: «El desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y de organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera», señalaba Lenin[8]. Se pretende hacer creer que era necesario un desarrollo previo del capitalismo en Rusia para que fuera posible organizar y movilizar en ese país a «las grandes masas del proletariado» en la lucha por el socialismo. «Sólo la gente más ignorante —continúa Lenin, apuntalando sus argumentos con la violencia verbal— puede no tomar en consideración el carácter burgués de la revolución democrática que se está desarrollando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los fines del socialismo y los procedimientos para realizarlo».

Estas afirmaciones no dejan de ser paradójicas cuando una revolución socialista tuvo lugar en Rusia sólo unos meses después de la llamada revolución «democrático-burguesa». La tesis de la «inevitabilidad» del desarrollo capitalista que Lenin —lo mismo que los bolcheviques— intentaba aplicar a la Rusia de principios de siglo (postulando que este desarrollo acentuaría en ese país la lucha de clases y pondría al orden del día la revolución socialista que entonces era prematuro plantear) está en franca contradicción con la historia posterior del movimiento revolucionario: las revoluciones tuvieron lugar en países en los que el capitalismo estaba poco desarrollado; mientras que en los países que consiguieron «despegar», aunque fuera tardíamente, por la vía del desarrollo industrial, se desarrollaron asimismo mecanismos integradores que dieron una mayor estabilidad al sistema. Negar hoy la posibilidad de que en los países de capitalismo poco desarrollado pueda tener lugar una revolución socialista equivale casi a negar la posibilidad de que ésta tenga lugar, pues en esos países es donde hoy tiene más posibilidades de éxito. Y aunque no cuenten con un aparato productivo muy desarrollado, pueden aprovechar la experiencia de los países industrializados para trazar una estrategia de desarrollo autónoma, en la que no esté todo supeditado al aumento de la producción (como ocurre en el capitalismo). En la que tanto la tecnología como la organización de la producción se adapten a las exigencias impuestas por la construcción de la nueva sociedad más igualitaria, descentralizada y respetuosa del medio natural y no sea una mera copia de las que se han desarrollado bajo el capitalismo.

Hay que señalar también que el campo de aplicación de la idea de la inevitabilidad de la «etapa» democrática y de la necesidad de que la revolución burguesa preceda a la socialista, se ha visto ampliado considerablemente por el desarrollo dogmático y doctrinario que siguió el marxismo ortodoxo, quedando anclado en los análisis históricos que Marx hizo sobre el desarrollo del capi-

8. *Dos tácticas*, OE, p. 510.

talismo antes de la aparición de los fascismos en países industrializados. En aquella época la forma en la que la extensión y el afianzamiento del capitalismo se habían producido en los países en los que este sistema estaba más desarrollado, apoyaba la idea de que la revolución burguesa era la condición necesaria para que su implantación fuera amplia y efectiva. La revolución inglesa de 1648 y la francesa de 1789 ilustraban sobradamente esta idea en la época de Marx. En estos casos la burguesía tuvo que contar con el apoyo del pueblo para derrocar al Antiguo Régimen. Para ello tuvo que enarbolar inicialmente la bandera de la libertad y la democracia aunque más tarde, cuando llegó a controlar el poder político y adaptar a su medida el Estado, traicionara estos principios cuya aplicación efectiva le hubiera impedido ejercer la dominación a la que aspiraba.

El desarrollo numérico del proletariado, su organización independiente y el cariz anticapitalista de sus objetivos revolucionarios, hicieron que la burguesía tuviera cada vez más recelo de apoyarse en esta clase para emprender una lucha decidida contra el Antiguo Régimen. Sus fundados temores de que una vez desencadenado el proceso revolucionario perdiera el control del mismo, empujaron a la burguesía a volver la espalda al proletariado y a pactar con los representantes del Antiguo Régimen. La revolución alemana de 1848 ilustra ya con claridad esta actitud de una burguesía deseosa no de destruir sino de compartir la antigua fortaleza del Estado y de adaptarla a sus intereses.

A partir de ese momento se han multiplicado los ejemplos históricos de revoluciones burguesas abortadas o inconclusas y se ha visto cómo el capitalismo se abría camino y se afianzaba sin necesidad de cortes radicales ni rupturas revolucionarias. Se ha visto cómo el desarrollo del capitalismo minaba las instituciones del Antiguo Régimen que paulatinamente se iban modificando y adaptando a las nuevas exigencias y cómo la ideología burguesa se imponía sobre ciertas culturas milenarias. Se ha visto cómo la aristocracia pasaba a un lugar importante en el mundo de los negocios y cómo la gran burguesía se ennoblecía —bien por matrimonio o por la concesión de nuevos títulos nobiliarios— estrechándose los lazos entre ambas dentro del sistema capitalista y acentuando un interés mutuo en su mantenimiento. La implantación de la propiedad burguesa de la tierra, del libre comercio de mercancías o de la libertad de explotación del trabajo asalariado constituyen la base para que el capitalismo pueda prosperar. Pero la implantación de estas «libertades» para la explotación capitalista del trabajo y de las riquezas naturales no tiene por qué ir acompañada de la concesión de libertades políticas y sindicales que permitan a sus enemigos de clase organizarse de forma efectiva e influir en mayor o menor medida sobre el poder. Mantener la ficción de que la burguesía tiene que ser liberal o de que las libertades económicas que demanda el capital tengan que ir acompañadas de libertades políticas para los oprimidos, constituye un flaco servicio a la causa revolucionaria. Sobre todo cuando la situación ha evolucionado de tal manera que lo difícil sería evitar que las relaciones de producción y la ideología capitalista se sigan extendiendo en los países en los que este sistema está menos desarrollado. Y aquí

es donde encajan las «tesis del marxismo sobre la inevitabilidad del desarrollo capitalista» a las que Lenin hace referencia. Pues es esta «inevitabilidad» del desarrollo capitalista la que hace cada vez más superflua la revolución burguesa como exigencia previa para conseguir este desarrollo. Y concebida en este sentido tal «inevitabilidad», lejos de retrasar la posibilidad de una nueva sociedad, como Lenin suponía, la pone más al orden del día.

En los países de capitalismo dependiente los regímenes dictatoriales constituyen un marco muy favorable para que se produzca una explotación intensiva de la fuerza de trabajo y de las riquezas naturales que puede servir de base a un proceso de desarrollo capitalista. En estos casos difícilmente se puede defender la revolución burguesa como un medio para facilitar el desarrollo capitalista del país. Pues, aparte de los riesgos que para la supervivencia misma de la burguesía entraña la movilización de las masas oprimidas, en el terreno estrictamente económico, a corto plazo, las ventajas que entrañaría la afirmación de la independencia nacional podrían verse ampliamente contrarrestadas por las represalias del imperialismo. Así la misma lucha por conseguir la independencia nacional, en la que la burguesía habia llevado la iniciativa en los tiempos de la emancipación colonial, tiene ahora, en la época del imperialismo, cada vez menos cabida entre los objetivos burgueses y resulta dificilmente alcanzable dentro del capitalismo.

Pero el marxismo ortodoxo ha cerrado los ojos a esta realidad tan distante de las primeras revoluciones burguesas y continúa atribuyéndoles el mismo papel que desempeñaron entonces en el desarrollo del capitalismo. Así, se observa con cierta frecuencia el triste panorama de una izquierda que sigue intentando vanamente convencer a la burguesía de que le interesaría una evolución democrático-burguesa para afianzar y acelerar el desarrollo del capitalismo cuando éste ha adquirido ya en la autocracia un nivel de desarrollo difícil de escamotear. De una izquierda que intenta erigirse en campeona de la revolución democrático-burguesa cuando la burguesía pierde todo su interés por realizarla. De una izquierda que intenta corregir la historia cuando ésta no se había ajustado a sus esquemas. La dificultad cada vez mayor que ofrece el avance por la considerada por Lenin como la «única senda certera»[9] hacia el socialismo (la senda de la revolución democrático-burguesa y de la república democrática) explica en alguna medida la ineficacia revolucionaria de la ortodoxia leninista, tan imbuida por estos planteamientos.

También cabe señalar que la idealización que Lenin hace del carácter progresivo de la revolución burguesa y del desarrollo del capitalismo se basa en la aplicación mecánica de ciertos esquemas tomados de Marx y Engels en los que el desarrollo de las fuerzas productivas aparece como el gran motor de la historia

9. *Dos tácticas,* OE, p. 510. «Nosotros los marxistas —afirma Lenin también— debemos saber que no hay y no puede haber otro camino hacia la verdadera libertad del proletariado y de los campesinos que el camino de la libertad burguesa y del progreso burgués», p. 584.

y se utiliza para calificar en bloque de «progresiva» la forma en que se suceden los distintos «modos de producción»[10].

Después de idealizar el carácter beneficioso del desarrollo capitalista. Lenin presenta la revolución burguesa como la puerta de acceso al mismo que permite, además, barrer los restos de lo antiguo. «La revolución burguesa es precisamente la revolución que de un modo más decidido barre los restos de lo antiguo, las reminiscencias del feudalismo [...] y que de un modo más completo garantiza el desarrollo más amplio, más libre y más rápido del capitalismo. Por eso la revolución burguesa es extremadamente beneficiosa para el proletariado[11].»

Al divulgar esta consideración global de todo lo nuevo como más progresivo que lo «antiguo», se está contribuyendo a que se acepten como un mal menor las instituciones y valores del capitalismo con sus nuevos elementos de represión que a veces resultan más duros y mistificadores que los antiguos. ¿Cómo pueden aceptarse como «progresivos» los hechos que presentan el advenimiento del capitalismo como uno de los episodios más sórdidos de la historia de la humanidad? «La población campesina violentamente expropiada, expulsada del suelo y hecha vagabunda, fue sometida por las leyes de un terrorismo grotesco a la disciplina del sistema de trabajo asalariado, mediante el azote, el fuego y el tormento[12]». «El descubrimiente de los países de América, ricos en oro y plata; el exterminio, el esclavizamiento y el enterramiento de la población nativa en las minas; el principio de la conquista y del saqueo de la India occidental y la transformación de Africa en un mercado para caza comercial de pieles negras, señalan la aurora de la era capitalista[13]».

Pero Lenin no se fija en estas constataciones de Marx o en aquellas otras de Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* que ponen de manifiesto toda una serie de aspectos en los que la introducción del capitalismo no supuso un avance hacia la liberación de la humanidad sino que han sido portadores de una mayor represión para ésta. Por el contrario, Lenin toma al pie de la letra los párrafos tan elogiosos que sobre el carácter «progresivo» del capitalismo y de la clase burguesa aparecen en el *Manifiesto.* «La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario», afirman Marx y Engels en el *Manifiesto,* enumerando después las actuaciones de la burguesía que justifican tal calificativo. El carácter ideológico y mistificador de los «logros» del capitalismo que figuran en la enumeración alcanza a veces niveles fuera de todo comentario. «La burguesía —se afirma— ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población del idiotismo de la vida rural. Del

10. Véase «La mitificación del trabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas en la ideología del movimiento obrero», *CRI,* 41-43.
11. *Dos tácticas,* OE, p. 529.
12. C. Marx: *El Capital,* I, XXIV, Aguilar, Madrid, 1934, p. 548. En España fue nuestro ilustrado rey Carlos III el que se ocupó de llevar al mercado de trabajo a aquellos grupos de la clase plebeya que renunciaban a entrar en el mismo. Para ello desarticuló la beneficencia de la Iglesia y ordenó perseguir, encarcelar y enviar a trabajos forzados a todos aquellos mendigos y vagabundos que fueran útiles para el trabajo. (Véase P. Romero de Solís: *La población española en los siglos XVIII y XIX,* Siglo XXI, 1973.)
13. C. Marx: *Ibid.,* p. 557.

mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente[14]».

Es curioso el contraste entre los párrafo transcritos de *El Capital* y estos últimos del *Manifiesto*. Lo que allí era sometimiento de la población campesina «por las leyes de un terrorismo grotesco a la disciplina del sistema del trabajo asalariado» aquí aparece como la acción benéfica de sustraer a la población «del idiotismo de la vida rural». Lo que allí era «exterminio, esclavizamiento y saqueo» aquí es «subordinación de países bárbaros a países civilizados, de pueblos campesinos a pueblos burgueses, de Oriente a Occidente». En una palabra, lo que allí era «represión» aquí se transforma curiosamente, a golpe de ideología, en «liberación» y acción «civilizadora».

Lenin se coloca en esta línea de identificación mística del desarrollo del capitalismo con el «progreso» y con los intereses del proletariado, como queda patente en muchas de sus afirmaciones, algunas de las cuales hemos transcrito. En los párrafos anteriormente citados, Lenin califica a la revolución burguesa de «extremadamente beneficiosa para el proletariado» porque de forma decidida «barre los restos de lo antiguo».

«En cierto sentido —prosigue Lenin — la revolución burguesa es más beneficiosa para el proletariado que para la burguesía, pues a la burguesía le conviene mantener algunas reminiscencias [...] es decir que la revolución no sea del todo consecuente [...] la burguesía se traicionará a sí misma»[15]. Ciertamente, como Lenin señala, a la burguesía ya no le interesaba barrer todos los restos de lo antiguo, pero no porque fuera «inconsecuente», ni porque se «traicionara a sí misma», sino porque ya había pasado a formar parte de la vieja sociedad y el desarrollo del capitalismo no necesitaba entonces de revoluciones violentas, sino de adaptaciones y reformas paulatinas. En estas condiciones, ¿era tan «extremadamente beneficioso» para el proletariado tomar la bandera de la revolución burguesa y llevarla hasta el final, a pesar de la burguesía, con el fin de «barrer» todos los restos de lo antiguo e implantar plenamente el capitalismo? La posición claramente ideólogica de Lenin, en la que se identifica lo nuevo con lo progresivo, le hace perder de vista que al proletariado no tiene por qué interesarle romper con todo lo antiguo para que sea sustituido por el capitalismo, pues —como se ha indicado— en ciertos aspectos puede ser más represivo que lo antiguo y trabar, más que facilitar, el camino hacia la liberación de la humanidad.

Tal es el caso de la larga tradición colectivista que acompañaba a la comuna campesina, todavía muy extendida en tiempos de Lenin. Estos «residuos» que la burguesía deseaba eliminar (y así lo demostraban los kulaks deseosos de apoderarse en plena propiedad de las tierras de las comunas) podían, sin embargo, servir de base para la construcción de la sociedad socialista como Marx y En-

14. C .Marx, F. Engels: *El manifiesto del Partido Comunista,* Progreso, Moscú, 1964, I, p. 24.

15. *Dos tácticas,* OE, p. 529.

gels habían apreciado[16]. Pero Lenin, tomando al pie de la letra las «enseñanzas del marxismo» sobre la «inevitabilidad» del desarrollo capitalista y sobre el carácter «revolucionario» de este último, se declara partidario de barrer estos «residuos» colectivistas para que florezca el desarrollo del capitalismo en la agricultura y se extienda entre el campesinado el individualismo propio de la ideología burguesa. Como se analiza más adelante, éste es un caso claro en el que no es cierto que fuera «absolutamente beneficioso para la clase obrera la anulación de todas las reminiscencias del pasado que entorpecen el desarrollo del capitalismo[17]».

Constituye éste un ejemplo típico en el que la esperanza de obtener éxitos políticos inmediatos lleva a Lenin a propugnar una táctica política que está en franca contradicción con los objetivos últimos de los revolucionarios. Hay que tener en cuenta que esta contradicción entre la táctica leninista y los objetivos de los revolucionarios, entre los aspectos represivos y mistificadores que acompañan al desarrollo del capitalismo y las exigencias liberadoras que plantea la construcción del socialismo, se compaginan con la concepción tan particular que Lenin tiene de lo que debe ser el socialismo y del papel que el Estado debe jugar en la transformación, pues según Lenin, el Estado capitalista altamente centralizado ofrece el aparato que se necesita para la construcción del socialismo[18]. Y la organización jerarquista y represiva de la fábrica inculca al proletariado la disciplina necesaria para realizar esta construcción[19]. La deformación burocrática del Estado soviético fue el resultado de aplicar las instituciones y enseñanzas «del capitalismo a la construcción del socialismo», siguiendo las sugerencias de Lenin.

Todo lo anterior conduce a divulgar una representación idealizada de la revolución burguesa y de la democracia burguesa que se presentan como una panacea que interesa a todo el mundo. Ya hemos visto que según Lenin «la revolución burguesa» además de ser «absolutamente necesaria» y «extremadamente beneficiosa para los intereses del proletariado» «garantiza el desarrollo más amplio, más libre y más rápido del capitalismo». En suma, la revolución democrático-burguesa, se puede producir «tanto en forma ventajosa sobre todo para el gran capitalista, para el magnate financiero, para el terrateniente ilus-

16. Véase «Prólogo» a la edición rusa del *Manifiesto* que se cita más adelante.

17. *Dos tácticas,* OE, p. 528.

18. «Sin los grandes bancos, el socialismo sería irrealizable. Los grandes bancos constituyen el «aparato del Estado» que necesitamos para realizar el socialismo y que tomamos ya formado del capitalismo; aquí nuestra tarea consiste en extirpar todo aquello con que desfigura al modo capitalista ese magnífico aparato, en hacerlo aún mayor, aún más democrático, aún más universal [...]» «Un Banco único del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito, en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato *socialista.*» «Según Lenin, este tipo de aparato proporciona la posilibadad de «una *contabilidad* nacional, un *cálculo* nacional de la producción y distribución de los productos, que es, por decirlo así, como el *esqueleto* de la sociedad socialista» (el subrayado es de Lenin). [Maurice Brinton: *Los bolcheviques y el control obrero,* Ruedo ibérico, París, 1972, p. 44.] Nadie pone en duda la importancia de disponer de una buena contabilidad pero como «esqueleto de la sociedad socialista» resulta bastante pobre.

19. «Esta fábrica que a algunos parece un esperpento es, precisamente, la forma superior de cooperación capitalista que ha agrupado y disciplinado al proletariado, le ha enseñado la organización, le ha puesto a la cabeza de todas las otras categorías de la población trabajadora y explotada. Es el marxismo,

trado, como en forma ventajosa, para el campesino y el obrero»[20]. Esta pretensión de convencer a burgueses y terratenientes «ilustrados» de lo beneficioso que resultaría para ellos la revolución democrático-burguesa, será una tarea —como se ha indicado— en la que persistirán los discípulos más ortodoxos del leninismo a pesar de las crecientes dificultades a las que se enfrenta. No deja de llamar la atención que partidos que dicen representar al proletariado se encomienden la tarea de recomendar a una burguesía supuestamente «inconsecuente» lo que debería de hacer. Pero lo que resulta más nocivo para la causa revolucionaria es la idealización que se hace de la «democracia burguesa» en relación con los intereses del proletariado. Afirmaciones como la de que «la asamblea constituyente elegida por sufragio universal expresa efectivamente la voluntad del pueblo»[21] contribuyen a divulgar, en vez de a denunciar, la ideología mistificadora que había construido la burguesía en torno al sufragio universal y los regímenes parlamentarios como portadores de una libertad real y no meramente formal.

Esto encaja con el hecho de que Lenin no defiende la democracia por considerarla deseable en sí misma, sino que lo hace desde posiciones meramente tácticas buscando conseguir con ello un triunfo político. Por ello, las libertades que defiende no van más allá de libertades burguesas, mientras que su práctica política es autoritaria y no vacilará en cuando, ya alcanzado el poder político, aquéllas podían suponer una traba en el ejercicio del mismo.

La práctica por los bolcheviques de una política autoritaria se refleja tanto en su propia forma de organización política —la concepción leninista del partido— como en la configuración de los nuevos centros de poder después de la revolución de Octubre. En este último aspecto, cabe destacar que una vez que los bolcheviques alcanzaron el poder político se encargaron de limitar las funciones y de sabotear el libre funcionamiento de los comités de fábrica que habían surgido en el curso de la revolución como órganos de expresión del poder popular, a través de los cuales el proletariado ejercía un control real y directo sobre la producción. Así, en el decreto del 3 de noviembre de 1917 sobre control obrero ya se establecía un recorte substancial en el poder de los soviets, al estipular que debían someterse y velar por la aplicación de las decisiones que les venían impuestas desde el Estado y los sindicatos, que constituían instancias burocráticas[22]. También acabarían reprimiéndose las propias libertades formales que tanto se habían idealizado con anterioridad. Así, el propio Lenin se encargaría de suprimir la Asamblea constituyente en enero de 1918 cuando no le resultaba útil para el ejercicio del poder político. Estas muestras de una táctica política tan versátil y oportunista servirán de base a la imagen que presenta a los

ideología de proletariado educado por el capitalismo, el que ha enseñado y enseña a los intelectuales inconstantes la diferencia entre el lado explotador de la fábrica (disciplina basada en el miedo a morir de hambre) y su lado organizador (disciplina basada sobre el trabajo en común). La disciplina y la organización que al intelectual burgués le cuesta adquirir son asimiladas muy fácilmente por el proletariado gracias justamente a esta escuela de la fábrica». François George: «Oublier Lenine», *Les Temps Modernes*, 321, avril de 1973.

20. *Dos tácticas*, OE, p. 527.

21. *Dos tácticas*, OE, p. 505.

22. Maurice Brinton: *Los bolcheviques y el control*

comunistas —que la burguesía se encargaría de divulgar posteriormente— como lobos disfrazados con piel de cordero que sin ningún escrúpulo traicionan los objetivos democráticos propuestos inicialmente.

Las discrepancias sobre cuestiones organizativas ocuparon un lugar central en el II Congreso del Partido Obrero Social Demócrata Ruso en el que se produjo la escisión entre bolcheviques y mencheviques. Los representantes de estos últimos echaban en cara a Lenin su «monstruoso centralismo», que conduce al «anquilosamiento» de las organizaciones de base y «está imbuido de la tendencia a otorgar al centro un poder ilimitado, el derecho a la intervención ilimitada en todo», que reserva a las organizaciones «el único derecho a someterse sin un murmullo de protesta a lo que se les ordene desde arriba»... «El organismo central que prevé el proyecto se encontrará en un espacio vacío: a su alrededor no habrá periferia alguna, sino una especie de masa amorfa en la que se moverán sus agentes ejecutores»[23].

En el III Congreso —ya producida la escisión— la fracción bolchevique, a la vez que propugna la lucha por la democracia burguesa, acentúa el centralismo dentro del partido al instituir como único centro director el Comité central. Lenin ya había expuesto en *¿Qué hacer?* (1902) su concepción de un partido pequeño de revolucionarios profesionales organizados y disciplinados. En consecuencia con esto Lenin aclara: «mi idea [sobre la organización del partido] es burocrática en el sentido de que el partido se estructura de arriba a abajo»[24]. Ya hemos señalado al principio de este apartado cómo Lenin establecía un estrecho paralelismo de este tipo de organización fuertemente disciplinada con los ejércitos. Organización que más tarde bautizaría de «centralismo democrático», aun cuando de hecho, tan fuerte «centralismo» eliminará cualquier resto de democracia. La concepción leninista del partido originaría desde las propias filas del marxismo una ola de críticas. El ataque de mayor envergadura sería el artículo de Rosa Luxemburgo, publicado en el *Neue Zeit* en julio de 1904 en el que se denunciaba esa política de «ultracentrismo» como burocrática y no democrática.

Este tipo de organización responde a la pregunta ¿Qué hacer? que Lenin dirige básicamente sobre los medios y no sobre el contenido o la orientación de la acción. Se trata de buscar los medios organizativos más eficaces, pues se plantea la eficacia como el criterio fundamental que orienta la acción. Pero la historia se ha encargado de demostrar que existe una estrecha relación entre medios y fines y que éstos no se pueden alcanzar a través de unos medios que están en contradicción con los objetivos últimos.

Estos planteamientos presididos por la eficacia a corto plazo, cueste lo que cueste, llevan a renunciar a la aplicación de una praxis revolucionaria que vaya creando una conciencia global anticapitalista y poniendo al descubierto todos

obrero, op. cit., p. 49-50. Esto está en correspondencia con la idea que Lenin tenía de lo que debía ser el control obrero: el proletariado debía limitarse a comprobar que se aplicaban las decisiones que le venían impuestas desde fuera, pero no a imponer sus propias decisiones.

23. Citado por Lenin en *Un paso adelante y dos pasos atrás*, OE, p. 236.

24. *Un paso adelante, dos pasos atrás*, OE, p. 475.

los mecanismos represivos de la ideología y las instituciones dominantes, que suponga un avance real en la liberación de los oprimidos y que, en una palabra, vaya sentando las bases para la construcción de la nueva sociedad socialista. Contribuyen, por el contrario, a limitar la acción de los revolucionarios al estrecho marco de una táctica política oportunista con la que se espera ilusoriamente abrir la puerta a un nuevo orden social en el que desaparecerían los elementos de represión contenidos en el capitalismo.

Resulta paradójico que el marxismo ortodoxo acabe realizando una práctica política que se ajusta a la concepción de un materialismo mecanicista a la que Marx antepuso su idea de la «praxis revolucionaria». «La doctrina materialista —señalaría Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*— afirma que los hombres son productos de las circunstancias y de la educación y que, en consecuencia, los hombres nuevos serán los productos de nuevas circunstancias y de una educación nueva. Esta doctrina olvida que las circunstancias son justamente modificadas por los hombres y que el educador mismo debe ser educado. La coincidencia del cambio del medio y de la actividad no puede concebirse ni aprenderse racionalmente más que como resultado de la *praxis revolucionaria*». Así, para Marx la transformación de la naturaleza humana es un elemento necesario para que pueda darse el cambio revolucionario. Esta modificación de los individuos tiene que producirse mediante la actividad encaminada —consciente o inconscientemente— a transformar el medio social en el que se desenvuelven. Por ello si esta actividad no sólo se encuadra en un tipo de organización autoritaria y dogmática, sino que se limita a una acción política orientada, por motivos tácticos, hacia objetivos burgueses, difícilmente puede educar a los militantes en los principios de la nueva sociedad. Y ciertamente, la organización de la fábrica y de las instituciones opresoras del capitalismo contribuye a disciplinar a los oprimidos y a hacerlos fácilmente manipulables, pero no a educarlos con vistas a su emancipación.

IV. La base social de la «revolución democrática»

Si Marx y Engels pudieron hacerse ilusiones sobre el comportamiento revolucionario y democrático de la burguesía alemana en la revolución de 1848, ello resultaba más difícil tratándose de la burguesía rusa de principios de siglo. Aunque Lenin continúa más aferrado incluso que Marx y Engels a la idea de la inevitabilidad de una revolución democrático-burguesa que precediera a la revolución socialista, se ve obligado a avanzar una interpretación de las fuerzas que apoyarían esta revolución democrático-burguesa en Rusia, que difiere de la que Marx y Engels habían formulado con vistas a la revolución alemana de 1848. Como se detalla en los párrafos antes transcritos del *Manifiesto*, Marx y Engels consideraban que en Alemania, los comunistas debían luchar en la «etapa» democrática «de acuerdo con la burguesía» en contra de «la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria».

Sin embargo, Lenin pretende que la «revolución democrático-burguesa» contra

la monarquía se apoye en el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía, mientras que da por supuesto que «la gran burguesía, los terratenientes y los fabricantes» son «incapaces, por su situación, de una lucha decisiva contra el zarismo». «Tienen demasiada necesidad del zarismo, con sus fuerzas policiaco-burocráticas y militares contra el proletariado y los campesinos, para que puedan aspirar a la destrucción del zarismo»[1].

«Debemos darnos cuenta de un modo exacto de las fuerzas sociales reales que se enfrentan con el «zarismo» —señala Lenin— y que son capaces de obtener la «victoria decisiva» («decisiva» dentro de la «etapa» democrático-burguesa)* sobre el mismo. Esta fuerza no puede ser la gran burguesía, los terratenientes, los fabricantes...» «La fuerza capaz de obtener la «victoria decisiva sobre el zarismo» no puede ser más que el pueblo, es decir, el proletariado, los campesinos, distribuyendo la pequeña burguesía rural y urbana, entre uno y los otros[2]. Aunque inicialmente la burguesía adopte posiciones «democráticas» Lenin advierte (p. 571) que «la burguesía en su mayoría se volverá del lado de la contrarrevolución»[3].

Estas advertencias de Lenin sobre el carácter contrarrevolucionario de la burguesía son una constante a lo largo de las *Dos tácticas de la socialdemocracia* y le llevan a propugnar el hacer con el pueblo la revolución democrático-burguesa a pesar de la burguesía inconsecuente, egoista y cobarde (p. 570). No deja de sorprender que Lenin permanezca fiel a la defensa de la revolución democrático-burguesa aun habiendo tomado conciencia del viraje contrarrevolucionario que había dado una burguesía que quizá pudiera ser calificada de «egoista y cobarde» pero que no parece justificado acusar de «inconsecuente»[4], por su falta de entusiasmo democrático. La historia posterior muestra que era precisamente la defensa de sus intereses e incluso su supervivencia como clase, lo que le aconsejaba no embarcarse en una «lucha decisiva» contra el zarismo, sino todo lo más apoyar algunos cambios formales que aseguraran la continuidad de la monarquía. Pues, como se ha analizado en el apartado anterior, no siendo para Lenin la lucha por la democracia un fin en sí mismo sino una posición meramente táctica, el reconocimiento del carácter contrarrevolucionario de la burguesía debilitaba sensiblemente la justificación en términos de «eficacia», con la que se defendía la conveniencia de hacer una revolución burguesa «a pesar de la burguesía» y la necesidad de que «el pueblo» supeditara su acción, en esa «etapa», a la consecución de unos objetivos que le venían dados desde fuera.

En el *Informe sobre la revolución de 1905* elaborado por Lenin en vísperas de la revolución de 1917 se señala el desfase existente entre el papel de «fuerza dirigente» ejercido por el proletariado y el carácter «democrático-burgués» de los objetivos perseguidos.

1. *Dos tácticas*, Obras escogidas en tres tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, I, p. 534.
* Nota del autor.
2. *Op. cit.*, p. 534.
3. El partido monárquico propugnaba un «zarismo democratizado».
4. Calificativo profusamente utilizado por Lenin en *Dos tácticas...*

«La peculiaridad de la revolución rusa estriba precisamente en que por su contenido social, fue una revolución democrática-burguesa, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución proletaria[5] [...] no sólo por ser el proletariado la fuerza dirigente, la vanguardia del movimiento sino también porque el medio específicamente proletario de lucha, la huelga, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas[6] [...]» Y si ya en 1905, Lenin atribuyó al proletariado un papel dirigente en la revolución, con más motivo podía recomendar en las *Dos tácticas...* que éste tratara de imprimir a la revolución «su sello proletario». Pero aun en este caso, señalaba que «no se podían tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo». Son numerosas las veces que Lenin insiste *en Dos tácticas de la socialdemocracia* sobre el «carácter burgués de la revolución rusa» (p. 526) señalando que «la revolución democrática en Rusia es una revolución burguesa por su esencia y por su contenido» (p. 583) y que «no podemos saltar el marco democrático-burgués» de la revolución (p. 530).

La contradicción existente entre el papel de fuerza dirigente atribuído al proletariado en la revolución y el empeño de que ésta no pudiera sobrepasar «el marco democrático-burgués» Lenin intenta resolverla señalando que se podía, sin embargo, «ensanchar en proporciones colosales dicho marco». En este empeño de no romper sino de «ensanchar» el marco burgués de la revolución se llega a afirmaciones tan sorprendentes como que «la nacionalización del suelo no es sólo el medio de liquidar las prácticas medievales en la agricultura, sino también el mejor régimen agrario posible bajo el capitalismo»[7]. O a pretender conciliar dentro del «marco burgués» de la revolución el que «el proletariado armado, dirigido por la socialdemocracia, presione constantemente al gobierno provisional con el fin de mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución»[8] (p. 506). O a presentar la consigna lanzada por Lenin de «dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos» (p. 531 o 539) apoyada por «las masas armadas» (p. 534) como compatible con el «carácter burgués de la revolución».

Esta preocupación de Lenin de resaltar que todo lo propugnado era posible dentro del «marco burgués» de la revolución y que en última instancia ésta favorecería «un desarrollo más vasto y rápido, europeo y no asiático del capitalismo» (p. 527) sólo puede interpretarse como un esfuerzo desesperado por atraer a la burguesía del lado de la revolución a pesar del cariz proletario que ésta adoptaba. En este sentido encaja la afirmación —que por lo demás resulta contradictoria con la consigna de la «dictadura democrática del proletariado

5. V.I. Lenin: *Informe sobre la revolución de 1905*, OE, I, p. 848.
6. *Op. cit.*, p. 849.
7. V.I. Lenin: *Programme agraire de la socialdémocratie dans la première révolution russe de 1905-1907*. Editions du Progrès, Moscou, 1969, p. 298-299.
8. Más tarde, en 1917, Lenin reconocería que, puesto que muchas tierras estaban hipotecadas en los bancos, la nacionalización era impensable hasta que «la clase revolucionaria haya vencido la resistencia de los capitalistas con el empleo de medidas revolucionarias». Así, Lenin se adhería entonces al programa agrario de los socialrevolucionarios —que incluía la nacionalización de la tierra—pero señalando que este programa sólo podría llevarse a cabo como parte de la revolución socialista.

y de los campesinos»— de que la situación política de Rusia «no pone al orden del día la conquista del poder» sino solamente «el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de la Asamblea constituyente» (p. 506). Estas afirmaciones —que contrastan con el rápido giro anticapitalista que adoptó la revolución una vez iniciada y con el no menos rápido cambio de «táctica» de los bolcheviques— constituyen un claro precedente del maniobrerismo político y de la subyacente concepción amoral de la política que será una constante en la actuación de los partidos comunistas. Lo cual se contradice por otra parte, con la posición moralmente más respetable de Marx en el *Manifiesto* cuando señalaba que «los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y sus propósitos».

Frente a las reservas que para Lenin ofrece la colaboración de la burguesía en la «etapa democrática», considera que los campesinos se convertirán en el «baluarte de la revolución y la República» (p. 571), pasando a ser el principal aliado del proletariado en esa etapa. Es más, la cuestión agraria aparece presentada por Lenin como la base económica más importante de la revolución: «La lucha entre los intereses de los campesinos y de los terratenientes —señala Lenin— que domina en toda la historia de Rusia después de la abolición de la servidumbre y constituye la base económica más importante de nuestra revolución, es la lucha por uno u otro tipo de revolución agraria burguesa»[9]. La idea de que las aspiraciones de los campesinos no van más allá de la «etapa democrático-burguesa» constituye, pues, un argumento de primer orden en la justificación leninista de la conveniencia de respetar «el marco burgués» de la revolución. Pasemos, pues, a estudiar cuáles fueron los frutos de esta política leninista aparentemente tan respetuosa de los intereses de los campesinos.

V. El campesinado en la revolución rusa

A pesar de la importancia que Lenin había concedido a la cuestión agraria y al papel del campesinado en la revolución, en la práctica este papel fue bastante modesto. En 1917 la revolución triunfó en las ciudades sin que se hubiera desarrollado todavía la lucha en el campo. Conviene, pues, interrogarnos por qué los bolcheviques no consiguieron nunca implantarse sólidamente en el campesinado y buscar la explicación no sólo en las condiciones que dificultaban esa movilización, sino también en los defectos de su propia política agraria.

Los problemas agrarios habían reclamado desde el principio el interés de Lenin, como atestigua la publicación en 1899 de *El desarrollo del capitalismo en Rusia,* obra en la que se realiza un análisis pormenorizado de la expansión de las relaciones de producción capitalista en la agricultura rusa y del desmembramiento del viejo orden feudal, tema que ya había tratado en algunos escritos de menor importancia. Dentro de la complejidad con que se desenvuelve este

9. V.I. Lenin: *Programa agrario de la socialdemocracia,* p. 36.

proceso aparece como telón de fondo el hecho de que las relaciones de producción capitalista acabarían por ser dominantes y, con ellas, la contradicción entre el proletariado rural y los agricultores capitalistas.

Pero en aquella época Lenin pensaba que esta contradicción no podía jugar todavía un papel político importante. «Nuestros obreros agrícolas están todavía demasiado fuertemente ligados al campesinado; las miserias comunes a todos los campesinos pesan todavía demasiado sobre ellos para que su movimiento pueda jugar, hoy o en un próximo futuro, un papel a escala nacional»[1], señalaba Lenin exponiendo el programa agrario de su partido en 1901.

Para Lenin, la tarea inmediata en la agricultura en esa «primera etapa » no era exacerbar la conciencia anticapitalista del proletariado rural y de los campesinos pobres. Teniendo en cuenta —como ya se ha indicado— que Lenin consideraba progresivo todo lo que acelerara el desarrollo del capitalismo, el objetivo propuesto era potenciar la lucha unitaria del campesinado para conseguir la supresión de las supervivencias feudales y con ella acelerar el proceso de expansión de la agricultura capitalista. «La esencia de nuestro programa agrario es que el proletariado rural debe luchar con los campesinos ricos por la abolición de la servidumbre y por la recuperación de las tierras amputadas»[2]. Este planteamiento de la cuestión agraria constituía el elemento fundamental que obligaba a que la revolución no se saliera del marco burgués en esa «primera etapa»; el recrudecimiento de la lucha de clases en el campo haría resquebrajarse la alianza interclasista propuesta. La consideración progresiva que Lenin daba a la agricultura capitalista en el terreno económico le lleva, en el terreno político, a sobrevaluar el papel del kulak en la lucha por la supresión de las supervivencias del antiguo régimen frente al de los campesinos medios —en trance de desaparecer como clase— y al del proletariado rural, demasiado ligado a éstos.

Hasta 1905, los bolcheviques habían pensado que la burguesía rural (los kulaks) constituirían el principal sostén de la revolución democrático-burguesa en el campo. Por ello no habían dirigido sus esfuerzos a organizar las masas más amplias del campesinado[3]. Los levantamientos campesinos de 1902 y 1905 no se ajustaron a estas previsiones, obligando a modificar sus puntos de vista: tras el levantamiento campesino de 1902 Lenin empieza a preocuparse de llevar la agitación al campo, pero su línea política no se ve modificada. Es la amplitud y duración del levantamiento de 1905 y la actitud indiferente, cuando no abiertamente hostil, de los campesinos ricos[4] lo que le hizo considerar con más interés la conveniencia de organizar separadamente a los campesinos pobres y al proletariado rural. Después de la explosión del levantamiento campesino en febrero de 1905, Lenin decide que «debemos explicarle [al proletariado rural]

1. Lenin. Artículo de *Iskra,* abril de 1901. *Obras Completas,* IV, p. 441. (Edición francesa.)
2. *Ibid.,* VI, p. 464. (Edición francesa.)
3. Cfr. Hamza Alavi: «Paysans et révolution», *Les Temps Modernes,* 306, París, enero de 1972, p. 1 036. En este artículo aparecen desarrolladas muchas de las ideas que se apuntan en el presente apartado.
4. Cfr. G.T. Robinson: *Rural Rusia under the old Regime* (New York, 1949), p. 2 065.

el antagonismo de sus intereses y los de la burguesía rural e invitarle a combatir por la revolución socialista».[5] Aunque de hecho se continúa proponiendo por motivos tácticos su unión con los campesinos medios y ricos en la lucha por la supresión de los vestigios feudales. Pues la idea central que sigue orientando la política agraria de los bolcheviques es la necesidad de apoyar en esta «etapa» la «vía campesina» de desarrollo capitalista de la agricultura.

«El desarrollo burgués puede transcurrir con la gran propiedad señorial a la cabeza, que adopta paulatinamente formas burguesas y reemplaza gradualmente las prácticas feudales de explotación por procedimientos burgueses; puede también transcurrir, con las pequeñas explotaciones campesinas a la cabeza, las cuales por la vía revolucionaria, eliminen del organismo social esta «excrescencia» que son los latifundios feudales, para desarrollarse libremente sin ellos, siguiendo la vía de explotaciones capitalistas». De «estas dos vías de desarrollo burgués objetivamente posibles [...] nosotros debemos sostener no la evolución burguesa de tipo señorial, sino la evolución burguesa de tipo campesino».[6]

Así, en la agricultura los objetivos a alcanzar siguen siendo burgueses. Pero las principales fuerzas políticas con las que Lenin espera lograr estos objetivos son ahora el proletariado agrícola y los campesinos pobres a los que desde 1905 redobla sus llamamientos que resultarán bastante estériles.

La razón básica del fracaso de la política agraria leninista fue que —guiado por la aplicación mecánica de ciertos esquemas preconcebidos que empujaban a buscar una acción unitaria del campesinado, guiada por objetivos burgueses— pasa de sobrevaluar el papel de los kulaks en la lucha política a cifrar sus esperanzas y volcar el trabajo político en el proletariado rural y en los campesinos pobres, desatendiendo el grupo que mostró un mayor dinamismo en los levantamientos campesinos de 1902, 1905 y finalmente de 1918: el formado por los campesinos medios. Este grupo —que suponía la tercera parte de la población agraria— era el que sufría de lleno el problema de las «tierras amputadas»[7] mientras que ni los kulaks ni los campesinos semiproletarios se veían directamente afectados por él.

Por otra parte, los campesinos tenían que comprar las tierras que les habían correspondido a precios superiores a los de mercado, trabajando gratuitamente para el propietario. Esto, unido a otras supervivencias de leyes e instituciones del Antiguo Régimen que pesaban sobre ellos, fue el origen de numerosos conflictos y explica el papel de vanguardia que los campesinos medios ejercieron. Pero, a pesar de que los campesinos medios constituían la fuerza política más importante en las zonas rurales, sus aspiraciones no se adaptaban bien al

5. Lenin: *Obras completas,* VIII, p. 231. (Edición francesa.)
6. Lenin: *Programme agraire de la socialdémocratie... Op. cit.,* p. 32, 33, 39.
7. Aunque el Edicto de Abolición de la Servidumbre de 1861 asignó a cada siervo el «lote» de tierra que cultivaba, una parte del mismo quedó retenida por el propietario. Estas «tierras amputadas» resultaban ser aproximadamente la quinta parte del total de las cultivadas anteriormente por los siervos, y constituían un elemento esencial en la economía campesina al comprender prados y bosques donde se procuraban el alimento para el ganado, la leña y otros productos necesarios para la subsistencia.

programa agrario de los bolcheviques. Lo que a su vez explica que éstos cifraran más sus esperanzas, primero en los kulaks y, después, en el proletariado rural y los campesinos pobres, que se ajustaban mejor a su política de la «vía campesina» de desarrollo capitalista de la agricultura. El tema de la «comuna campesina» constituía el principal centro de conflictos. Los campesinos medios defendían con ahinco las tierras comunales y el mantenimiento de la institución comunal, en la que se sustentaba su economía. Mientras que los kulaks deseaban su disolución para verse libres de las restricciones comunales; y los campesinos pobres mostraban todo lo más indiferencia por una institución que no les aseguraba la subsistencia.

Los puntos de vista de los populistas —que veían en la «comuna campesina» la institución que facilitaría el paso directo al socialismo— se adaptaban mejor a las aspiraciones de los campesinos medios que las posiciones leninistas que la consideraban como una supervivencia del Antiguo Régimen que había que destruir. Lenin investía sus puntos de vista de un pretendido cientifismo marxista que contrasta con los planteamientos más flexibles del propio Marx, que en este caso se aproximaban a los de los populistas. Pues, como señalaban Marx y Engels en el prefacio a la edición rusa del *Manifiesto comunista,* en 1882 «en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es poseída en común por los campesinos. Cabe, entonces la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma, por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el proceso histórico de Occidente?» «La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podría servir de punto de partida a una revolución comunista»[8]. Es decir que la dificultad la ven Marx y Engels en hacer la revolución socialista en un solo país en el que el capitalismo estaba poco desarrollado pero no en dar el paso directo hacia el comunismo a partir de la «comuna campesina», evitando el rodeo de la reforma agraria burguesa.

Tras uno u otro planteamiento subyacen puntos de vista distintos sobre el contenido y finalidad de la acción y sobre el papel que se le atribuye al campesinado en el proceso revolucionario. Un programa agrario puede concebirse dando por sentado que el motor de la revolución tiene que ser el proletariado urbano; el campesinado no forma parte de la vanguardia, su papel queda relegado a constituir una fuerza de apoyo con la que se tiene que contar para obtener una victoria política. Suponiendo que las aspiraciones del campesinado sean fundamentalmente burguesas o pequeño burguesas, la táctica más adecuada para conseguir su rápida movilización pasaría por plantear en esa «etapa» objetivos bur-

8. Carlos Marx, Federico Engels: *Obras escogidas,* Progreso, Moscú, 1966, I, p. 14-15.

gueses o pequeño burgueses. Pero se puede concebir, desde un ángulo revolucionario, una política agraria que no se proponga «utilizar» al campesinado como un «medio» para obtener la victoria política; sino que trate de conseguir su participación libre y consciente en la transformación revolucionaria de su entorno social y en la construcción de una nueva sociedad, atribuyéndole un papel protagonista. Pero esto no podría conseguirse con una práctica política que exacerbara la conciencia burguesa o pequeño burguesa de los campesinos, ni tratando la «comuna campesina» como un residuo arcaico a extirpar. Por el contrario, habría que tomar la larga tradición colectivista del campesinado ruso como un elemento favorable en la configuración de una conciencia que permitiera la constitución de la sociedad comunista.

Como hemos visto, la política leninista de alianza entre el conjunto del campesinado y el proletariado urbano en la «etapa democrática» se adapta más bien al primero de los esquemas apuntados. Pues aunque a partir de 1905 se intentara explicar al proletariado agrario «el antagonismo de sus intereses y los de la burguesía rural» y se le invitara a «combatir por la revolución socialista» estas «explicaciones» e «invitaciones» teóricas no se reflejaban en la práctica política. Lo que contaba realmente era la recomendación de una política de alianza con la burguesía rural, orientada a la consecución de objetivos burgueses.

En 1917, en el ambiente creado por la revolución de Febrero, se empezaron a acusar nuevos síntomas de agitación campesina. Como en ocasiones anteriores, la lucha de los campesinos medios contra los terratenientes por la recuperación de las «tierras amputadas» y la abolición de las supervivencias feudales, ocupó el lugar central. El proletariado rural, sin embargo, no llega a mostrarse como fuerza independiente. También se agudizó la lucha entre los distintos grupos del campesinado que mantenían posiciones contrarias en relación con el tema de la «comuna», impidiendo que tomara cuerpo el llamamiento de Lenin a la constitución de «comités revolucionarios campesinos» con el que pretendía plasmar la política de alianza del campesinado en bloque con la clase obrera.

El resultado fue que mientras los campesinos medios controlaron la situación en los pueblos, los kulaks dominaron los «soviets» de campesinos que sólo existían a nivel de distrito y de provincia.

Tras la revolución de Octubre, cuando los soviets rurales constituían los principales centros de poder local, los kulaks desempeñaron en ellos el papel principal. Todavía en octubre de 1918, un año después de la revolución proletaria en las capitales, Lenin se quejaba de que «en razón de la falta de madurez, del atraso y de la ignorancia de los campesinos pobres la dirección [de los soviets] pasó a manos de los kulaks»[9]

Después de la revolución de Febrero se fue agudizando el problema del abastecimiento alimenticio de las ciudades que alcanzó niveles angustiosos a principios de 1918. La mala cosecha de 1917 y la retención del grano por agricultores y especuladores se encontraban en la base de este proceso. Esta situación

9. *OE*, p. 314.

empujó a los bolcheviques a pasar precipitadamente a la «segunda etapa» de la revolución en el campo. El 9 de mayo de 1918, se promulgó un decreto que confería al Comisariado del Pueblo para Abastecimientos poderes extraordinarios «en la lucha contra la burguesía rural que oculta las reservas de grano y especula con ellas», apelando a «todos los obreros y campesinos sin tierra» a una «guerra sin cuartel» contra los kulaks.[10]

Para llevar la revolución socialista al campo se crearon «destacamentos de hierro del proletariado» reclutados fundamentalmente en las zonas consumidoras cuya «misión principal» —aparte de ayudar a arrancar a los campesinos los productos alimenticios que acaparaban— era «la organización del campesindo obrero en contra de los kulaks»[11]. Así, habiendo fracasado tanto en el intento de persuadir y movilizar al campesinado en bloque, como en el de hacer del proletariado agrario una fuerza independiente, se recurre finalmente a prácticas policiacas. Esta manera de «forzar» la revolución socialista en el campo, en vez de volver al campesinado en favor de los bolcheviques hará que el problema agrario sea para éstos una constante, empujándolos a una política contradictoria que terminaría en la colectivización forzosa impuesta por Stalin. Esta es la forma en que se consigue que « un año después de la revolución proletaria en las capitales, bajo su influencia y con su ayuda, la revolución proletaria comience en las zonas rurales».[12]

Lenin además toma la «falta de madurez, el retraso y la ignorancia» del proletariado rural y los campesinos pobres como factor explicativo de que no respondieran al llamamiento de los bolcheviques e intenta finalmente racionalizar la situación haciendo intervenir factores objetivos. En 1920 señala que «una verdad que ha estado plenamente demostrada por el marxismo, sobre el plano teórico y plenamente confirmada por la experiencia de la revolución proletaria de Rusia, es que las tres categorías de la población rural de las que hemos hablado [el proletariado agrícola, los semiproletarios y los campesinos medios] interesados sobre el plano económico, social y cultural en la victoria del socialismo, no pueden sostener resueltamente al proletariado revolucionario sino *después* que éste haya conquistado el poder político, *después* que haya arreglado sus cuentas con los grandes terratenientes y capitalistas, *después* que esos hombres oprimidos hayan constatado *prácticamente* que tienen un defensor y un guía organizado lo suficientemente firme y poderoso para ayudarles, mostrarles el buen camino».[13]

Con tal de no reconocer los errores de su propia política agraria, Lenin construye con pretendidos visos de cientifismo esta interpretación ideológica de los hechos, que más tarde será refutada. La historia de las revoluciones posteriores desmiente la tesis —que Lenin presenta como «una verdad plenamente demostrada por el marxismo»— de que el campesinado sólo pudiera «apoyar resueltamente al

10. Citado por E.H. Carr: *La revolución bolchevique*, II, p. 63.
11. Decreto del 27 de mayo de 1918, citado por E.H. Carr: *Op. cit.*, II, p. 64.
12. Lenin: *OE*, III.
13. Lenin: *OE*, III, Moscú, 1968, p. 322.

proletariado revolucionario después de que éste último haya tomado el poder político». La experiencia de la revolución china constituye un ejemplo típico de que no era necesario que se produjera la condición previa establecida por Lenin para que el campesinado se movilizara en torno a objetivos revolucionarios[14].
Aparte de lo ya indicado en relación con la subestimación del papel revolucionario de los campesinos medios y la sobreestimación primero del papel de los kulaks y después del proletariado rural y de los campesinos pobres o semiproletarios, cabe suponer —a la vista de los resultados— que las consignas unitarias de la «etapa democrático-burguesa» además de ser poco movilizadoras para esto último[15] constituyeron un lastre cuando se decidió que había llegado el momento de pasar a la «etapa socialista».

VI. Algunas conclusiones

La amplia difusión alcanzada por los escritos de Lenin después de 1917 y la proliferación y engrosamiento de los grupos encuadrados en las distintas corrientes del leninismo, encuentran buena parte de su explicación en la aureola de «eficacia» que rodeó a Lenin y a los bolcheviques tras la toma del poder en Rusia. Muchos revolucionarios se encontraron deslumbrados por la figura de Lenin, que apareció como el gran estratega de la revolución rusa y como el gran organizador del partido bolchevique, que se ofrecía como el eficaz instrumento que la había hecho posible. De ahí que se intentara profusamente utilizar la misma táctica política y los mismos principios organizativos para abrir el camino de la revolución en otros países.
Pero ésta no deja de ser una visión que ensalza místicamente el papel desempeñado por Lenin y los bolcheviques en la preparación del estallido rvolucionario de 1917 y que creará una conciencia deformada del hecho histórico. Pues como señala E.H. Carr, autoridad indiscutible como historiador de la revolución rusa[1], «la revolución de Febrero de 1917 que derribó a la dinastía Románof fue el espontáneo estallido de unas masas exasperadas por las privaciones de la guerra y por una evidente desigualdad en el reparto de las cargas bélicas [...] Los partidos revolucionarios no tuvieron una participación directa en el desarrollo de la revolución. No esperaban su estallido, y en un primer momento quedaron en cierto modo estupefactos. La creación del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo, una vez iniciada la revolución, fue el acto espontáneo de un grupo de obreros sin dirección central. Constituyó la resurrección del Soviet de Petersburgo que había

14. Esta movilización no se hubiera conseguido si los comunistas chinos hubieran dado por válida la interpretación de Lenin. Estos, sin embargo, adoptaron una política agraria mucho más flexible y adaptada a los intereses y aspiraciones de los campesinos medios que desempeñaron así un papel importante en la revolución.

15. «No podéis obligar —dice Iegorov criticando el programa agrario en el II Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso— a un jornalero a luchar del lado del campesino rico, por los «recortes» que ya están en buena medida en manos del campesino rico». Lenin: *OE*, I, p. 321.

1. E.H. Carr: *Historia de la Rusia Soviética*, Alianza Editorial, Madrid, 1973, I, p. 86-87.

desempeñado un papel breve pero glorioso en la revolución de 1905; y al igual que su antecesor fue una organización apartidista elegida por obreros fabriles, en la que se encontraban representados los socialistas revolucionarios, los mencheviques y los bolcheviques [...] el hecho de que los decretos del Soviet fueran aceptados por un número cada vez mayor de obreros y soldados le confirió, pese a él mismo, una posición de autoridad que no podía ser ignorada; tal fue el fundamentro práctico, y casi fortuito, del llamado «doble poder» instaurado por la revolución de Febrero, cuando la autoridad pública era ejercida en cierto modo por dos cuerpos cuya recíproca actitud oscilaba entre la rivalidad y la cooperación: por un lado, el gobierno provisional, sucesor legal del gobierno zarista y reconocido como tal por las potencias extranjeras; por otro los Soviets de diputados obreros formados por propia iniciativa y, por ende, revolucionarios. El ejemplo de Petrogrado fue imitado, y pronto: en Moscú y otras grandes ciudades primero, y en los distritos rurales algo más tarde, lo que, a su vez, llevó a la convocatoria de la primera Conferencia de Soviets de toda Rusia a finales de marzo de 1917».

Lenin, que se encontraba exilado en el extranjero, se vio igualmente sorprendido por la revolución de Febrero. El 22 de enero, unos días antes del estallido de la revolución pronunció en la Casa del Pueblo de Zurich, ante una asamblea de jóvenes obreros suizos una conferencia en la que terminaría hablando de la revolución socialista y señalando que «nosotros, los viejos, quizás no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que los jóvenes, que tan magníficamente actúan en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no sólo tendrán la dicha de luchar sino también de triunfar en la futura revolución proletaria».[2]

«La contribución que Lenin y los bolcheviques hicieron al derrocamiento del zarismo fue mínima, señala E.H. Carr. Y la responsabilidad del gobierno provisional, sólo les puede ser atribuida en un sentido formal. A partir de julio de 1917, la caída del gobierno era inevitable: sólo se necesitaba que surgiera un sucesor. Los momentos cruciales del intervalo entre la revolución de Febrero y la revolución de Octubre fueron el anuncio, hecho por Lenin en junio al Primer Congreso de Soviets de toda Rusia, de que los bolcheviques estaban dispuestos a asumir el poder. Los más importantes logros de Lenin fueron posteriores a la incruenta victoria de la revolución de Octubre de 1917 y constituyen la obra de un gran estadista y constructor. Sin embargo, lo que Lenin construyó, con todos los méritos y defectos, descansa en las bases por él sentadas mucho tiempo ha...»[3]

Los hechos no parecen demostrar que la organización y la táctica política de los bolcheviques fueran realmente eficaces para *hacer* la revolución en la Rusia de principios de siglo. No es para sorprenderse el que su aplicación a otros países no haya dado tampoco grandes muestras de eficacia en este sentido (las

2. Lenin: *OE*, I, p. 862.

3. E.H. Carr: *Op. cit.*, I, p. 40.

revoluciones que tuvieron lugar con posterioridad se dieron precisamente al margen de la ortodoxia leninista). Ciertamente la organización espontánea de los soviets y la consiguiente aparición del poder obrero que se opondría al gobierno provisional contradijo la idea divulgada tanto por Lenin como por los mencheviques, de que el país estaba maduro para la revolución burguesa pero no para la socialista. El hecho en el que Lenin dio grandes muestras de su talento político fue en hacerse rápidamente cargo de la situación real, en ser lo suficientemente flexible para reconocer —en contra de lo que había dicho hasta entonces— que la toma del poder por el proletariado sí estaba a la orden del día y cambiar con agilidad de táctica política, disponiéndose a asumir el poder en nombre de los soviets y del socialismo. Y en lo que sí se mostraron eficaces, tanto en Rusia como en otros países los principios de la organización leninista fue para monopolizar el poder político una vez realizada la revolución, para reforzar nuevamente la autoridad y la disciplina y para reconstruir el Estado y el poder de la burocracia. Pues las construcciones posrevolucionarias de los bolcheviques y la «deformación» burocrática del Estado soviético serían el resultado de la concepción centralista y burocrática que Lenin tenía del partido; de su concepción limitada de la praxis revolucionaria reducida al juego de una táctica política de cortas miras, muchas veces en contradicción con los objetivos últimos de la revolución; y, en suma, de su visión idealizada del desarrollo capitalista y de las instituciones propias de este sistema, que constituyeron un lastre importante a la hora de crear una auténtica alternativa socialista.

Volviendo a los problemas que suscita la aplicación posterior en otros países de la táctica política leninista de lucha por la democracia, lo primero que llama la atención es que se mantengan invariables durante tanto tiempo unos objetivos cuando las fuerzas políticas interesadas en ellos han variado tan considerablemente. Ya hemos señalado cómo la evolución de la burguesía a este respecto modificó los presupuestos en los que Marx y Engels basaban el «pacto» democrático. Ya hemos discutido el escaso sentido revolucionario de esta política en relación con el campesinado, que Lenin consideraba como el baluarte de la revolución democrático-burguesa. El proceso de proletarización de una parte del campesinado y de aburguesamiento de otra, que opera a medida que se desarrolla el capitalismo, hace inaplicable la justificación leninista de la «etapa democrática» como acorde con los intereses del campesinado por la realización de una reforma agraria burguesa. Así, en los países con un capitalismo desarrollado que tienen regímenes fascistas o dictatoriales la lucha por los objetivos democrático-burgueses queda despojada del carácter revolucionario que Lenin pretendía imprimirle, pues ni la revolución burguesa, ni la reforma agraria burguesa tienen cabida en ellos. La táctica política leninista de lucha por la democracia, se limita en estos casos cada vez más a tratar de modificar la forma política de gobierno sin tocar la base sobre la que se sostiene, al no tener cabida en esos países las reformas propias de la revolución burguesa. Aparte de la dudosa eficacia de esta táctica para avanzar hacia la demo-

cracia, conduce a mistificar la llamada democracia burguesa y a ofrecer una salida para que la clase dominante pueda seguir ejerciendo el poder mediante soluciones falsamente democratizadoras, cuando los regímenes dictatoriales o autocráticos de los que se beneficiaba se desgastan y exigen una renovación.

Como conclusión a lo anterior podemos decir que cuando la burguesía abandona sus posiciones democráticas y opta por la dictadura como instrumento político para ejercer su dominio de clase, tiene escaso sentido revolucionario que la izquierda continúe erigiéndose, por motivos tácticos, en defensora de la «democracia burguesa», y que, esperando cubrir primero esta «etapa democrático-burguesa» de la lucha, se abstenga de desarrollar una praxis revolucionaria anticapitalista.

Ya va siendo hora de que los revolucionarios tomen conciencia de la conveniencia, no de luchar por motivos tácticos por una democracia burguesa, sino de defender como objetivo último una democracia verdadera, en el sentido etimológico de la palabra. Y de que la forma de avanzar por este camino pasa por descubrir y denunciar todos los mecanismos que sostienen a la sociedad autoritaria actual y que hacen que los oprimidos se sometan pasivamente, haya o no parlamento y sufragios universales. Pasa por denunciar cómo la burguesía ha vaciado la palabra democracia de su contenido originario, lo mismo que ocurrió con el término «liberal» que tuvo que ser sustituido por el de «libertario» para llenar el vacío de contenido que aquél había dejado. Y que hacia la libertad y la democracia se avanza desarrollando en todos los terrenos una praxis anticapitalista, antiautoritaria y, en consecuencia, democrática.

Novedad Ruedo ibérico

Noticias del País Vasco

Euskadi : el último estado de excepción de Franco

El estado de excepción instaurado en abril de 1975 en Euskadi fue el último firmado personalmente por Franco. Pero no pertenece todavía a la historia sino a un presente bien vivo. El estado de excepción continúa de hecho en Euskadi.
A través de quince boletines clandestinos denominados *Noticias del País Vasco durante el estado de excepción,* a veces difundidos a 50 000 ejemplares, un equipo anónimo dio a conocer la represión policiaca y parapoliciaca, ocultada o deformada por la prensa oficial, demostrando la necesidad y la posibilidad de una información paralela, no sometida a censura ni dependiente de grupos políticos.

Euskadi: el último estado de excepción de Franco no es una simple reproducción de aquellos quince boletines. El equipo autor de éstos ha estructurado las informaciones adquiridas para la elaboración de los mismos. Los datos de primera mano han sido siempre comprobados escrupulosamente; no se trata, sin embargo, de una información neutra, sino militante, al servicio de «la liberación del pueblo y de la clase obrera».

Indice: Presentación. Aspectos del estado de excepción. Tres meses de estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa. Asesinatos. Torturas. Terrorismo blanco. Garmendia y Otaegui: penas de muerte. Juicio y muerte de Juan Paredes, «Txiki». Reacción del pueblo. Solidaridad. Documentos.

176 páginas 21 F

Novedad Ruedo ibérico

José Borrás

Políticas de los exilados españoles

1944-1950

La muerte de Franco no ha traído consigo la desaparición del exilio, que sigue siendo sujeto político en el posfranquismo. Sin embargo, el exilio no es un bloque monolítico ni lo fue nunca. El exilio ha evolucionado y, al mismo tiempo, ha conservado parte de sus características, muchas de ellas negativas. Con perspectiva histórica de veinticinco años y con una actitud crítica, José Borrás expone las políticas de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas durante los años 1944 a 1950, que se proyectan en la actualidad al condicionar sus respectivas estrategias frente al posfranquismo. El periodo se saldó con un fracaso global, cuyas causas son desentrañadas a través del análisis de los hechos reflejados en multitud de documentos. La historia global del exilio antifranquista queda por hacer y todavía no se ha cerrado. Pero las bases de su primer periodo han sido puestas. Las enseñanzas son claras: bastará al posfranquismo para perpetuarse el que la oposición cometa los mismos errores que en el pasado.

Indice: Panorama general. 1. Los republicanos. 2. Los socialistas. I. La vida interna del PSOE y de la UGT. II. Legitimidad republicana o gobierno de transición. 3. Los comunistas. I. Vida interior del PCE. II. Trayectoria política del PCE en el exilio. 4. Los libertarios. I. De la clandestinidad al gran resurgir confederal. II. No fue posible el entendimiento... III. ... Ni la reconquista de la libertad. Epílogo: La travesía del desierto de los años cincuenta. La década de los sesenta. Posición de los partidos y organizaciones en 1974-1975. Apéndice: Algunos aspectos de la vida de los sectores libertarios.

328 páginas 36 F